

# EL TAMIZ DE FREGE Y LA HISTORIA. UN ESBOZO DE FILOSOFÍA DEL LENGUAJE APLICADA.

Por Gonzalo MATA GARCÍA

Departamento de Historia I

Universidade de Santiago de Compostela

**Abstract:** In this paper I expect to leak history under the Frege's language philosophy and notice how the language has an important role into the historian field.

**Key words:** Theory history, philosophy, language philosophy.

<<Las lenguas son la revelación más directa  
y más específica del espíritu de los pueblos>>.

J. Burckhardt. *Reflexiones sobre la historia universal* -Memoriam patris.

## 1. OUVERTURE:

En las líneas sucesivas centraremos la atención sobre un aspecto desarrollado por G. Frege en "Sobre sentido y referencia", poniéndolo en relación con la historia, en concreto el referente que subyace es parte de la teoría de J.C. Bermejo Barrera. Dicho análisis partirá de la idea de que la referencia de un enunciado asertivo es un valor de verdad; así como el desarrollo de la misma. Se pretende tan sólo presentar un esbozo, una aproximación inicial al tema que trata de unir filosofía e historia, en este caso mediante uno de los mayores hitos de la filosofía del lenguaje y un aspecto particular de la teoría histórica.

## 2. ESCENA I

En la actualidad, en lo que acostumbra a denominarse teoría de la historia<sup>1</sup>, podríamos considerar que existen dos concepciones principales. Por un lado tenemos aquellos autores que consideran la historia como un relato; por otro los que consideran a la historia una ciencia. Sin embargo, aquí defenderemos una postura intermedia<sup>2</sup> que, utilizando el símil de los infinitos en matemáticas, podemos decir que tiende al narrativismo, aunque sin llegar del todo a esta postura. En cualquier caso descartamos radicalmente la consideración de la historia (y de las llamadas ciencias sociales) como ciencia. La importancia de una disciplina no se mide en función de su adscripción, o no, a un determinado epígrafe. No incurriremos en considerar a las ciencias como aquellas disciplinas capaces de formalizar, para lo que son necesarios conceptos de validez universal (lo que no sucede en historia); capaces de poseer un lenguaje de validez universal (y no empleo de lenguajes naturales); y ser objetivas (la historia es cualquier cosa salvo objetiva, como veremos), ya que con ello podría tachársenos de positivistas o neopositivistas y la aclaración, a dicho malentendido simplista y superficial, requiere más que unas cuantas líneas.

G. Frege mantenía la existencia de sentido (*Sinn*) y de referencia (*Bedeutung*). El primero de ambos conceptos establece la relación entre el lenguaje y el mundo, viene a ser, citando casi textualmente a Frege, el modo de darse lo denotado por el objeto. A su vez, referencia es la contribución al valor de verdad en la oración, o lo que es lo mismo, lo importante. Así, nos encontramos ante dos planos semánticos. Por un lado, con el sentido, nos situamos ante la dimensión intensional (significados); y por el otro, con la referencia nos ubicamos en el plano referencial o extensional (referencias de modo extralingüístico).

A su vez, y antes de continuar avanzando tendríamos que aludir a una obviedad, a saber: los tipos de discurso posibles. Siendo así, tenemos el discurso ordinario (la nieve es blanca), discurso directo (Laura dijo: "la nieve es blanca") y discurso indirecto (Laura dijo que la nieve es blanca).

Continuando con G. Frege, entendemos que sostenía que los enunciados de un documento se refieren a un hecho pero poseían un sentido en el ámbito del discurso de quien lo escribió. Tenemos por un lado que la referencia de un nombre propio es un objeto; y a su vez que la referencia de un enunciado asertivo es un valor de verdad. Así, estamos ante categorías extralingüísticas, siendo el pensamiento del enunciado tan sólo su sentido. Siendo de este modo, sería posible encontrar oraciones con sentido pero sin referencia, y el valor de verdad de la oración vendrá determinado por la existencia real de la referencia (recordemos el caso del unicornio o de Ulises). Se concluye así afirmando que el valor veritativo de un enunciado es la referencia.

En base a lo anteriormente indicado, los historiadores añadirán un segundo sentido al documento (BERMEJO BARRERA, 2005:6). Pero tal vez, antes de entrar en el fondo de la cuestión sea necesario hacer un pequeño repaso sobre la fundamentación (o creación) de la historia.

En primer lugar debemos tener presente que la historia no existe. Podría pensarse entonces que la historia existió, pero eso también es falso. La historia ni existe ni existió. Lo único que existió es lo que los historiadores acostumbran a llamar *acontecimientos históricos*. Pues bien, esos hechos pasados de los que los historiadores hablan, tampoco son lo que a primera vista parecen ser. En primer lugar, por la falta de intencionalidad. Esos documentos que los historiadores utilizan no fueron creados para un futuro, sino para el presente. Tal vez aquí surja la idea tan afamada desde B. Croce de que toda historia es historia contemporánea, si tenemos en cuenta que la historia se hace en el presente. Evidentemente, eso no es verdadero (ya veremos por qué). Los documentos que los historiadores utilizan son tan sólo una parte muy fragmentada de la realidad. En primer lugar por la no correlación directa entre la realidad y un documento (sea de la naturaleza que sea); en segundo lugar porque no es posible aprehender todos los documentos; y en tercer lugar por la subjetividad a que se ve sometido el historiador a la hora de analizar e interpretar dichos documentos. Por tanto, si la historia ni existe ni existió, nos encontramos ante una pequeña paradoja, ya que como tal se rotulan libros, se imparte docencia a diferentes niveles, e incluso hay quien se declara amante de la misma. La historia debemos entenderla, en este contexto (en este artículo, al menos) como una posible realización, una reconstrucción. Se trata, forzando un poco, de algo similar al planteamiento de los juegos del segundo Wittgenstein (y más si cabe porque no existe una teoría –reglas– que los historiadores sean capaces de asumir, y los pocos que a dicha labor se dedican son generalmente mal considerados por sus colegas o tachados de “rara avis” –*in terris*, ¡esperemos! Para Wittgenstein, en el lenguaje se harían diferentes usos, carecería de una teoría; así la historia). Esto sería fabuloso, de ser completamente cierto. Lo sería porque se estaría haciendo filosofía (de la historia, tal vez), de hacerse bien. Sin embargo, el problema es que no se crean conceptos. Se inventan historias, pero no se genera una teoría, no existe una argumentación, una reflexión coherente de fondo. Deleuze consideraba que la filosofía era la fabricación de conceptos, y sobre dicho término elaboró una serie de ideas, reflexiones, opiniones, meditaciones...de ese modo dio origen a algo nuevo. Sin embargo, los historiadores –generalmente– no generan nada nuevo, retoman, sin método (o sin método revisado, actualizado o crítico) conceptos pre-existentes, hechos pasados, con lo que se convierten no en enterradores como afirmaba Nietzsche, sino en desenterradores, profanadores de tumbas, más dignos del Edimburgo del siglo XIX que del Occidente contemporáneo.

Parece evidente que todo historiador ha recibido una formación especializada y reglada oficialmente. Esa información dista mucho de ser objetiva. Estamos hablando del estudio de material (los documentos a los que el historiador se enfrenta) creado por el ser humano y estudiado por el ser humano, donde resulta totalmente imposible discernir la objetividad de la subjetividad. Ya desde las clases de epigrafía, paleografía, diplomática...en donde se enseña a los posibles futuros historiadores como abordar un documento, se está imprimiendo una huella personal –por parte del docente– y por lo tanto subjetiva, lo que se une a la propia subjetividad del documento y al azar (recordemos que el porcentaje de documentos que llegan a nosotros es infinitamente menor que los documentos generados). A ello hay que añadir la propia naturaleza del documento, lo que nos sitúa ante la denominada crítica documental, tan bien conocida desde el siglo XIX entre los historiadores y los filólogos.

Aceptando lo anteriormente expuesto, podría pensarse que el historiador, lo que realiza, es una evocación del pasado. A este respecto resulta anecdótico el caso de los catedráticos de filología griega de la universidad de Oxford, G. Murray y Eric D. Dodds, quienes creían en el espiritismo y lo aplicaban a la investigación histórica. También es curioso el caso de

F. Nietzsche quien sentado ante la chimenea con una panopla creía poder situarse en el ambiente real para recibir la idea adecuada con respecto a la antigüedad clásica<sup>3</sup>. Pues bien, nada más lejos de la realidad. Con una sesión de espiritismo no se llega a conocer el pasado (en el caso de que se llegue a conocer algo).

Señalé unas líneas más arriba que la historia ni existe ni existió; sin embargo, debemos tener presente que el pasado no existe, pero sí existió y que el futuro puede no llegar nunca; no es más que una cuestión de propensiones. Así pues, el pasado ocurrió de verdad. Sin embargo hay autores que consideran que los acontecimientos históricos no sucedieron nunca, mostrando cierta incompatibilidad entre el protagonista y el historiador (DANTO, 85). A pesar de todo, los historiadores acostumbran a hablar del pasado empleando tiempos verbales presentes, lo que sugiere que la historia es una ficción verbal y a su vez implica la existencia de un método.

Llegados a este punto podemos concluir que el historiador tiene por un lado los documentos históricos y por otro un método. De este modo, nos situamos ante lo que podemos denominar “discurso híbrido del historiador” (BERMEJO BARRERA, 2005).

### 3. PAS DE DEUX:

Una vez aquí, y tras haber esbozado el trabajo del historiador, ya es posible retomar a G. Frege y desarrollar la idea por la que se establece la relación entre la obra del filósofo del lenguaje y la labor del profesional de la historia.

Mencioné que la idea de Frege que aquí resulta relevante es la que señala que los enunciados de un documento se refieren a un hecho, pero poseen un sentido en el ámbito del discurso de quien lo escribió; a su vez, el historiador añade un segundo sentido al documento.

Ya ha quedado claro qué significa *sentido* y qué *referencia*. Así, resultaría más comprensible la aportación anterior, a saber: Frege nos señalaría que el historiador, en el momento de crear la historia acepta como verdad los hechos (acontecimientos históricos) que está manejando —al fin y al cabo se trata de un profesional, que sabe lo que hace, o debería, aunque no siempre sea así. Por otro lado, en su mente cobran sentido, un sentido que plasmará a la hora de generar la historia a partir de esos documentos que se encuentran en su mesa de trabajo. Ese sentido que le aporta es propio del historiador, no del documento. Es el historiador quien está añadiendo un nuevo sentido a la narración. Precisamente, ese sentido surge en el momento que se crea una narración a partir de un documento. De lo contrario, tan sólo sería una crónica (que vendría a ser la sucesión de acontecimientos sin un principio ni un final; y por supuesto sin interpretación). Ahora bien, siendo así, el historiador lo que hace es dar un paso más. Un paso más de lo que Frege señalaba. No se conformará con el análisis del documento, sino que será creador, hará un nuevo texto a partir de unos documentos en los cuales había sentido y referencia (o se presupone su existencia).

Ahora bien, ese sentido y referencia que el historiador se encuentra cuando analiza un documento histórico, ¿son reales? Vayamos por partes.

Frege nos dice que el sentido de un documento son los significados del mismo, es decir, nos situamos en el plano intensional de la semántica, pero aportan información parcial, limitada. Viene a ser el pensamiento del enunciado, pero debemos recordar que Frege pretende desmarcarse de todo carácter psicológico, de modo que el mero hecho de pensar no aportará la verdad del hecho en sí. Retomemos en este punto el ejemplo de Ulises y su viaje a Ítaca (“Ulises fue dejado en Ítaca perfectamente dormido”). Parece evidente que el enunciado tiene sentido, pero carece de referencia, puesto que es pensado por el sujeto pero no tiene una correlación real con los hechos. En otras palabras, no existió, aunque pueda pensarse y cobrar de este modo sentido completo. No existió puesto que consideramos que el protagonista homérico careció de correlación real (*referencia*).

Ahora bien, una vez que hemos tratado el sentido inicial del documento, pasemos a analizar la referencia. Para Frege ésta es independiente del pensamiento, es decir, existe con independencia de si pensamos que existe o no, o si tiene sentido o no. Las verdades, pues, están ahí fuera, con independencia de los sujetos. El problema parece evidente: ¿Cómo

alcanzar la verdad? La respuesta de Frege parte de realizar un salto del sentido a la referencia, con lo que se crearía un juicio. De todos modos, en ocasiones resulta imposible realizar un juicio. Siendo así, el valor de verdad no podría ser captado por el historiador. Hay casos en los que la verdad, en el sentido que Frege le proporciona, no es aprehensible tras el estudio del documento. Pongamos por caso la arqueología (y no la entendemos aquí como disciplina auxiliar, sino propia de la historia): en una determinada excavación se encuentran unos restos líticos o cerámicos, de los cuales, después de un supuesto análisis detallado se realiza una interpretación. Pongamos por caso que los indicios hacen creer que se trataban de restos de un contenedor de cenizas, es decir, una urna funeraria. Pues bien, aquí lo que se realizó fue una interpretación (lo mismo sucede con el resto de documentos históricos, solo que aquí se trata de un ejemplo simplificado, propio de la arqueología) que bien pudiese ser verdad (real, es decir, que realmente la finalidad de dichos restos hubiese sido, en origen, la de contener los restos incinerados de alguien) o bien pudiese no serlo. La verdad en este caso resulta inalcanzable. En el mejor de los casos, con el paso del tiempo y con mejoras y nuevos conocimientos resultaría posible descartar ciertas teorías (valga de ejemplo las excavaciones llevadas a cabo en Micenas y el llamado “Tesoro de Atreo” con la máscara de Agamenón).

Lo que pretendo señalar es que la referencia, tal y como la ve Frege, dista mucho de la realidad. Tengamos en cuenta que lo que el historiador (o arqueólogo en nuestro ejemplo) afirme será considerado verdadero, independientemente de que lo fuese, en el sentido que Frege le proporciona, o no. En el mejor de los casos podría generarse un cierto debate historiográfico si surge otro historiador, que por el motivo que sea (no siempre es por tener indicios suficientes que le hagan pensar en el error de la teoría que critica) considera que esa verdad (interpretación en realidad) es falsa.

Lo anteriormente expuesto podría llevar a considerar que se ha caído en una contradicción; sin embargo, será por ello por lo que debo aclarar mi propia postura. Considero que la verdad es relativa, relativa aquí y ahora, en base a unos indicios suficientes, sin embargo, sí considero que esos indicios puedan cambiar con el paso del tiempo<sup>4</sup>. Ahora bien, esto no me sitúa en la línea de pensamiento de Frege, ya que considero que aunque la verdad puede cambiar, sí era verdad en el momento en que como tal se consideraba, y no que carecía de referencia (sino que la referencia era insuficiente o errónea, pero sí existía y era considerada válida. Sólo será considerada errónea *a posteriori*). Es sumamente interesante tratar la o las teorías de la verdad en referencia a la historia; sin embargo, en esta ocasión será suficiente con esbozar la existencia de dos líneas principales de actuación. Por un lado está teoría de verdad como correlación (es verdad aquello que se corresponde con un hecho contrastable empíricamente, y con ello nos remitiríamos a traski: “<<p>> es verdadero sí y sólo sí <<p>>”); y por otro la teoría de la verdad como coherencia (que se fundamenta en las creencias que se tienen al respecto sobre un hecho). Siendo así, la postura del historiador/arqueólogo podría considerarse enmarcable en la segunda de estas teorías.

Finalmente queda por hacer una breve alusión, puesto que ya se ha ido esbozando a lo largo de todas las líneas precedentes, el segundo sentido que el historiador aporta al documento.

El sentido del documento, desde la perspectiva de Frege, ya ha quedado claro; ahora bien, en su labor de creación de la historia, el profesional de la misma, se verá obligado a realizar una interpretación. Partimos aquí de la circunstancia de que se crea un relato, una narración. Viene a ser algo así como un cuento. En castellano resulta algo más complicado que en inglés (que cuenta con los términos *History* y *Story*) sin embargo, consideraremos que se trata de una narración al resultado de interpretar los vestigios del pasado. Es ahí, en esa construcción, en donde se aporta un segundo significado al documento. Este segundo significado viene determinado por la necesidad que el historiador tiene de hacer partícipe al público de su descubrimiento. En otras palabras, de explicar lo que ha logrado.

H. White, en su ya famosa *Metahistory* (*metahistoria*), realiza una interpretación de los diferentes estilos narrativos que se pueden encontrar en los más representativos historiadores del siglo XIX. Sin embargo, esta creación narrativa no se queda ahí. Hay algo más de fondo.

Decía Ortega y Gasset que “para comprender algo humano, personal o colectivo, es preciso contar una historia” (ORTEGA Y GASSET, 2003: 47). Sin embargo, no se limitará a la creación de una narración como mero cuento, sino que el historiador, a la hora de “hacer historia” precisará tener algo de poeta. Y será ahí, precisamente ahí, en donde cobre toda su fuerza

el segundo sentido que el historiador le proporciona al documento. Necesita crear un sentido nuevo; al fin y al cabo, no es posible captar el sentido originario de un documento (ya señalé que por su propia naturaleza, ya que no fue creado para la posteridad ni para el fin que el historiador le otorga). Vendría a ser como un diálogo con un muerto y ya hemos señalado que esto, a pesar de los intentos de espiritismo realizados, no es posible. De modo que el historiador se encuentra ante un mudo, y por ello, debe crear un segundo significado al documento.

En esta creación, el historiador, decíamos, tiene algo de poeta. Esto se comprende mejor si consideramos que dicha función poética viene dada por la triple naturaleza del discurso histórico, a saber: descripción, evocación y expresión (BERMEJO BARRERA, 2005).

#### CODA:

Podemos concluir recapitulando y condensando lo expuesto en unas pocas líneas.

Hemos partido de la obra de G. Frege “Sentido y referencia” y la hemos puesto en relación con la labor de los historiadores. Con ello, se ha tenido que hacer alusión (más o menos directa) a la noción de verdad, para concluir situándonos en un plano intermedio. La postura de Frege vislumbra ciertos rasgos aceptables, pero se ha optado por no ser tan extremista y se ha considerado una interpretación relativa de verdad.

De este modo, se ha pretendido poner en relación la filosofía analítica del lenguaje con un tema algo más cotidiano. Bien es cierto que en el desarrollo se pudieron haber incluido más aspectos, y los que se han tratado se podían haber profundizado más, pero no parecía pertinente realizar una introducción demasiado “profunda”, lo que ha dado lugar a que tan sólo se dejase esbozada una idea de interrelación, que hará las veces de apertura temática (volumen I).

El triumvirato Analítico: Frege, Wittgenstein y Russell, junto con las aportaciones del pragmatismo al lenguaje y la figura de Tarski son de especial significación al respecto, pero quedarán en suspensión temporal. Sin embargo, dejaré esbozada la idea de que dentro del paradigma lingüístico —y la historia, ineludiblemente se mueve en dichas arenas movedizas—, la verdad de un enunciado no puede concebirse como la correspondencia de algo con el mundo, pues entonces tendríamos que poder <<salirnos del lenguaje>> con el lenguaje (HABERMAS, 2002: 238).

#### BIBLIOGRAFÍA:

ANKERSMIT, F.R.(1994): *History and tropology*. Berkeley, University of California Press.

BERMEJO BARRERA, J.C.(1994): *Entre historia y filosofía*, Madrid, Akal.

- (1996) *Fundamentación lógica de la historia*. Madrid, Akal

- (1986) *O final da historia*. Vigo, Xerais

(2000) *Pensa-la historia*. Vigo, Ir Indo

(2005) *Sobre la historia considerada como poesía*. Madrid, Akal

(2007) *Moscas en una botella*. Madrid, Akal

DANTO, A.(1985): *Narration and Knowledge*. New York, Columbia University Press

DELEUZE, G. y GUATTARI, F.(1994): *¿Qué es filosofía?*, Barcelona, Anagrama

FREGE, G.(2005): “Sentido y referencia”, VALDÉS VILLANUEVA, L.M.: *La búsqueda del significado: lecturas de filosofía del lenguaje*. Madrid, Tecnos

HABERMAS, J.(2002): *Verdad y justificación*. Madrid, Trotta

- LOWENTHAL, D.(1998): *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal
- MARROW, H.I.(1968): *El conocimiento histórico*, Barcelona, Labor
- NIETZSCHE, F.(1990): *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos
- ORTEGA Y GASSET, J.(2003): *Historia como sistema*. Madrid, Alianza
- POPPER, K.(2002): *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza
- (1992) *Un mundo de propensiones*. Madrid, Tecnos
- STRAWSON, P.F.(1997): *Análisis y metafísica*. Barcelona, Paidós
- TOULMIN, S.(1977): *La comprensión humana*. Madrid, Alianza
- WHITE, H.(1973): *Metahistory*, Baltimore, Johns Hopkins University Press

## NOTAS

- 1 También llamada Historia teórica, lo que podría entenderse como filosofía de la historia. Aunque no se trata de conceptos sinónimos; si bien, la dificultad de la aclaración y comprensión hace que aceptemos ambas nomenclaturas. Véase J.C. Bermejo Barrera: *Fundamentación lógica de la historia*. Madrid, Akal, 1996
- 2 La expresada por J. C. Bermejo Barrera y defendida, en sus líneas principales, por quien suscribe este trabajo.
- 3 Puede recordarse aquí que Nietzsche pensaba que las ideas no se tienen, si no que llegan independientemente del esfuerzo que uno haga.
- 4 Ya Nietzsche dejó esbozado en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* que toda verdad depende de una “voluntad de verdad”; así, es la voluntad la que crea y la que impone la verdad.